por bien empleadas por la gloria que acababa de redimir. El amor propio tiene sin duda alguna parte en la satisfaccion que disfruto en este momento: ¿Me haríais vos un crímen de ello? El amor propio reglado por la razon, es justo; vos me lo habeis enseñado; aun es muchas veces una virtud, y me lisonjeo que lo es en este caso. Por lo demás, me creo obligada en conciencia á hacer justicia á la Baronesa de R.... Hemos creido sin razon que aborrecia á mi hermana; pero habla con elogio de ella, y confiesa de buena fé que ha sido muchas veces el objeto de su admiracion. Yo no habia tenido jamás conexion particular con esta muger: el reconocimiento me obligó á pagarla la visita el dia siguiente, y en verdad que estoy contenta de su modo de pensar. Creo que tiene el fondo excelente, y que no se la pueden echar en cara otros defectos que los que provienen de debilidad; tal vez no ha cometido ella sino imprudencias: vos conoceis este pais, ella tiene favor, y esto es bastante para que se pretenda emponzoñar pasos, de los que sin duda no ha conocido las consecuencias, porque no se puede negar que es muy aturdida. Convengo en que esto es un defecto: confesareis no obstante que no merece el desprecio que haciamos de ella; merece lástima, y nada mas.

CARTA III.

DE MADAMA DE MONTIER A LA CONDESA.

¡Dios mio, cuán ingeniosas son las pasiones, pobre hija mia! ¿y con qué arte ha cubierto tu orgullo todos tus pasos, hiriendo las obligaciones mas esenciales al cristianismo? Te has alucinado hasta el punto de creer que llenabas una obligacion. Abre los ojos, querida hija mia, y extremécete á la vista de tus disposiciones. ¡Cuán temibles y espantosas son ellas para mí! ¡Cuán distantes de las que deben tener los discípulos de un Dios pobre y oculto! Examina con serenidad las faltas de que te has hecho culpable. Odio contra la que te disputaba una vana prerogativa; ódio á las que se alegraron de su triunfo; loco regocijo cuando tú le has conseguido; proyectos desesperados si hubieras estado reducida á ceder; conexiones con mugeres despreciables; apología de la que su conducta para con tu hermana debia haberte inspirado el mayor desprecio. Si nosotros pudiésemos suponer, lo que es imposible, que todos estos movimientos son inocentes á los ojos del Señor, ¡cuánto tendrias tú que temer respecto á la felicidad de tu vida! Conozco al Conde: su extrema complacencia le forzará algun

tiempo á prestarse á las manías de tu orgullo; pero te puedo profetizar que llegarás á destruir en él todo sentimiento de estimacion por tí. Tiene demasiado discernimiento para que no haga entre tí y tu hermana un paralelo que no te será ventajoso. Pero, me dirás ¿es menester tener una absoluta indiferencia sobre sus derechos y dejarlos usurpar? No, hija mia; pero es necesario sentir la necesidad en que se halla de disputar estas bagatelas. No son tanto tus pasos lo que desapruebo, como las disposiciones con que los has dado. Para descubrirte todo lo que tu conducta tiene de criminal, de ridícula y de pueril, quiero referirte el modo con que tu hermana se condujo en un caso semejante cuando tú estabas en el convento, y tengo motivo para creer que su modestia la empeñó á ocultarte esta circunstancia de su vida, que seguramente ha formado uno de sus adornos.

La Condesa de V...., muger conocida por altanera y sumamente vengativa, trató de disputar á tu hermana uno de los ejercicios anexos á su empleo; inmediatamente todas las damas de honor se levantaron en alto, y no cesaban de decirla, que esto las interesaba á todas, y que ella debia absolutamente hablar al Rey. La pobre Marquesa, que no comprendia que su reputacion

y su honor pudiesen estar interesados en semejantes niñerías, se negó por el pronto á dar ningun paso sobre este objeto. Habiéndola dicho el Marqués que el paso que se exigia de ella era preciso, se resolvió á obedecer; pero creyó deber sujetarse á todas las precauciones que exige la caridad en semejantes casos. Principió por ir en casa de la Condesa de V...., la habló con un aire muy abierto, y la aseguró que si se trataba de cederla en todos los casos particulares, y en donde no fuesen heridas las prerogativas de su empleo, ella se haria un placer, y una obligacion en ello por el mucho respeto que tenia á la virtud, y consideracion por su persona. La suplicó que la permitiese dirigirse al Rey para arreglar este negocio, añadiendo que le veria decidir contra sí misma con mucha satisfaccion, porque estaba verdaderamente confusa de verse obligada á disputar alguna cosa á una persona de un mérito tan superior al suyo. Encantada la Condesa de esta moderacion, la abrazó, y en los transportes de su admiracion, y de su reconocimiento, se ofreció á terminar este negocio con ventaja suya por respeto á su persona. Tu hermana la dió gracias con muy buen modo, y no quiso abusar de sus ofertas. Fué despues á palacio, y pidió perdon al Rey de la precision en que se hallaba de im-

portunarle por una friolera: le expuso el asunto en pocas palabras, y se sometió ciegamente á su decision. Al primer rumor de este negocio, las damas mas calificadas la habian ofrecido emplear su crédito en su favor: la misma Reina la dejó entrever que estaba dispuesta á servirla. Rehusó absolutamente toda proteccion, diciendo que si su pretension era justa, contaba con la equidad del Rey; y que si no lo era, sentiria mucho hacer mal á la Condesa. Este gran negocio fué tan sériamente examinado como si se tratase de la suerte de la Europa entera, y tu hermana no podia menos de reirse de los importantes modos que se ponian para ello. El oráculo pronunció en fin; la Condesa fué excluida de su proteccion; murmuró, pero fué contra el amo, y publicó altamente que se consolaba de la injusticia que la hacian, porque era en ventaja de una muger que queria y honraria toda su vida. Fué á pagarla la visita aquel mismo dia, y juntó de buena fé sus enhorabuenas con las de toda la córte.

Tu hermana, querida hija mia, estaba adorada en esa córte, y todo el mundo procuraba elevarla, porque no buscaba elevarse ella; se sabia que no era muger de pretensiones; la virtud la dictaba la conducta que tuvo; y mucho talento y habilidad en una orgullosa, no hubieran produ-

cido el mismo efecto. En la disputa de que te acabo de hablar, tu hermana no podia ser vencida, la indiferencia que habia mostrado sobre la decision, impedia el que no se la pudiese dar la inferioridad en este negocio: procedia sin interés, y aun cuando hubiera tenido tantos enemigos, como tenia pocos, no habia motivo para regocijarse de una aventura que no la hubiera mortificado de ningun modo. Mira lo que hubiera hecho el orgullo bien entendido, y lo que ni aun se pasó por la imaginacion de nuestra querida Marquesa; ella no fué guiada sino por el amor de la equidad. ¡Qué no daria yo por saber que estabas en tales disposiciones! ¡Pero cuántas victorias será necesario conseguir sobre tí misma antes de llegar á esto! Te lo repito: el brillante humo de los honores te embriaga, corres tras de una sombra ligera y engañadora, ¿y qué te quedará de tus fatigas? Una satisfaccion vana, que la disipará el mas leve soplo. Todo lo que te cerca, te parece interesado en abatirme, y no será esta la última píldora que tendrás precision de tragar. Vé aquí una que será dificil de digerir. El Marqués, que conoce mejor que nadie la etiqueta de tu córte: el Marqués, digo, está persuadido á que tu concurrente tenia derecho de pasar delante de tí, y que no debes mas que al favor un triunfo que no

se te debia. Ignora el motivo por qué la Baronesa de R.... se ha interesado por tí, y sostiene no obstante que hay duende oculto, que ya se descubrirá, y que te hará cantar la palinodia. Te lo confesaré, querida hija; me alegraria muy sinceramente de esto; desconfio de los esfuerzos de tu razon para abatir tu soberbia, y me veo en la precision de desear que reveses ruidosos te pongan en la necesidad de reconocer aquella palabra de la Escritura: „Dios abate á los soberbios, y se complace en confundirlos." Sí, querida hija mia, no hay comparacion entre el disgusto de los contratiempos, de los desprecios, de las injusticias, y lo odioso del orgullo. Seas, si es necesario, la mas despreciada de todas las criaturas, con tal que Dios te preserve de ser despreciable, y lo serias sin duda si continuaras en abandonarte á una pasion, que haria á un mismo tiempo la desgracia y el crímen de tu vida. Esta leccion es amarga, y no la hubiera arriesgado si no conociese que era de una necesidad absoluta. Debo sondear las llagas profundas de tu orgullo: el contemplarte, seria engañarte: y por la aplicacion del remedio que te presento, debes juzgar del peligro en que te hallas, y del afecto de la mas tierna y la mas afligida de todas las madres.

CARTA IV.

RESPUESTA DE LA CONDESA A MADAMA DE MONTIER.

Querida madre mia: Vuestros votos son escuchados, y experimento la situacion que me deseábais en vuestra última carta; es decir, que me veo la mas humillada de todas las criaturas. Si fuese capaz de engañaros, os diria que he llegado á ser la mas humilde por la aceptacion voluntaria de la mortificacion que experimento; ¡pero cuán distante estoy de esta feliz disposicion! No habia jamás conocido el fondo de mi corazon, y os confieso que no he podido ménos de creeros prevenida contra mí á la lectura de vuestra carta; perdonadme esta confesion. Sí, querida madre mia, me habeis parecido injusta respecto á mí; y en mis primeros movimientos no perdoné á mi hermana: aun actualmente que estoy convencida de toda la extension de mi orgullo, y de la necesidad de destruirle, no me atreveria á lisonjearme de estar enteramente determinada á ello; no hay convencido sino mi entendimiento, y mi corazon repugna tanto los medios de que seria necesario servirme para destruir este orgullo, que yo no puedo prometerme el em-

plearlos. He hecho, hace dos dias, algunos esfuerzos para someterme con resignacion á la humillacion presente; han sido inútiles, y cuando me lisonjeo de haber puesto en mi corazon sentimientos de paciencia y de sumision, hallo con horror que le llenan la rabia y el despecho, y le atormentan de un modo tanto mas cruel, cuanto están sin fuerzas.

El Marqués no se engañó en el juicio que formó de este negocio; la Marquesa tenia derecho á ser colocada ántes que yo; y esta maldita Duquesa me habia persuadido lo contrario, con el designio de hacerme recibir una afrenta. Todo estaba concertado entre ella y la Marquesa: estas mugeres, que conocen mi flaco, se ligaron para armarme mil zancadillas, hacerme experimentar tantos disgustos, que me obliguen á dejar la córte; el Conde acaba de convencerme de esto. ¡Me avergüenzo de ser tan poco digna de semejante esposo! ¡Con qué dulzura, con qué prudencia ha procurado abrirme los ojos sobre las resultas de mi altanería! ¿Pero sobre qué está fundada esta altanería? Me hallo actualmente tan ridícula, tan frívola, y tan pequeña, que no puedo echar una ojeada sobre mí, sin morirme de vergüenza. ¿Lo creereis, querida madre mia? Léjos de aniquilar mi orgullo este conocimiento

de mi nada, parece que le aumenta; hago mil esfuerzos para libertarme de esta vista que me desespera, y presentarme á los otros bajo un aspecto mas tranquilo que aquel en que me veo yo misma, como si la buena opinion que daria de mí, y las consideraciones que serian su consecuencia, pudiesen darme el mérito real que suponen, y que me falta. Compadeceos de mi triste situacion, amada madre mia, y orad por mí; pues jamás he tenido tanta necesidad de ello: estoy tan abatida, tan desanimada á la vista de mi insuficiencia, y de la fuerza del enemigo que debo destruir, que merezco aun mucho mas vuestra lástima, que vuestra indignacion. ¡Qué feliz es mi hermana! Su corazon sostenido, por decirlo así, con las manos de la razon, está siempre de acuerdo con su espíritu, y en mí estas dos facultades del alma, se hallan en una contradiccion que me mata.

Por lo demás, se burlaron de mí ó poco menos, cuando me dijeron que el Rey habia decidido en mi favor. La Baronesa de R.... le habló de este negocio con su ligereza acostumbrada, ridiculizando á mi antagonista; el Rey se rió y dijo que una muger que estaba tan bien defendida como yo, no podia haber errado, y ved aquí lo que se hizo pasar por una decision. Lo

que no puedo deciros es el motivo que ha podido interesar por mí á esta Baronesa; á la verdad no me ama, y en las caricias con que me agovia descubro una violencia, que me anuncia, á pesar suyo, el fondo de su corazon: ¿mas qué pretende con sus demostraciones de ternura? ¡Oh tiempo feliz en que mi ambicion se limitaba á sobrepujar á mis compañeras! El poco valor de las cosas que seguia, no podia ocasionarme sino pesares ligeros. Felices los que no han conocido jamás la córte, y las espinas de que está sembrado el camino por que se anda, y que como vos decís muy bien, solo conduce al logro de una sombra y humo que se evapora en el momento que se cree estar gozando de él. ¡Ay de mí! Mi espíritu ha hecho esta exclamacion, que mi corazon desaprueba; él se estremece con la sola idea de mudar este falso bien que ahora sigue, por la paz de una vida privada. No obstante, yo me determinaré á ella, si puedo obtenerlo de mi esposo, y diré de buena gana como César: Vale mas ser la primera en una miserable cabaña, que la segunda en el universo.

CARTA V.

DE MADAMA DE MONTIER A LA CONDESA.

Tienes razon, hija mia, para estar admirada de tu orgullo, y para preguntarte á tí misma en qué se funda. De todas las pasiones, el orgullo me parece la mas incomprensible: se pronuncia esta palabra á cada instante, ¿pero quién es el que piensa en definirla? Pregunta qué es orgullo. Te responderán, que es la buena opinion que uno tiene de sí mismo, y el deseo de hacérsela tener á los otros, para conseguir por ella respetos y distinciones. No, seguramente, no es este el orgullo, ó cuando mas, es el de los tontos. Sostengo que nadie que no esté absolutamente desprovisto de talento, puede estimarse á sí mismo. ¿Pues qué es el orgullo? En las personas entendidas es la rabia, el despecho de verse tan imperfectos, y el mas violento deseo de engañar á los otros, ocultándoles nuestra miseria. Tal es tu situacion, querida hija mia; tu estás anonadada y humillada á la vista de tu miseria, sobre la que te ves forzada á poner los ojos. Procuras aturdirte del desprecio que tienes de tí misma en despecho de tí, y en desquitarte forzando la estimacion, ó mas bien los respetos de los otros.

Te rebelas contra todo el que emprende tratarte con el desprecio que sabes bien mereces: reducirte á tu justo valor es á tus ojos un crímen imperdonable. Convienes en lo ridículo, y en la injusticia de tus pretensiones; pero como dices muy bien, no hay convencido sino tu entendimiento, y tu corazon se subleva contra esta conviccion: con las luces que la razon te ofrece para ponerte en tu lugar, esto es, en la nada, te quedas débil, sin poder, y rehusas dar todos los pasos que podian conducirte á él. ¡Qué estado, pobre hija mia! El estar enfermo es sin duda un mal; pero acariciar, amar su enfermedad, desechar los remedios que podrian curarnos, es el último periodo del mal, y éste es tu actual estado; ojalá te descubra él, si puede ser, una verdad importante. Sabe que tus luces mil veces multiplicadas, te dejarán en esta vergonzoso incapacidad.

Gemirás sobre tu estado, formarás deseos inútiles de que se mude, y te dejará tu debilidad en una dificultad absoluta. ¡Ay hija mia! Es menester decir de todas las pasiones lo mismo que del orgullo: el mayor esfuerzo de la razon es el mostrarnos su ridiculez y peligro; pero su poder no se extiende á mas. Sí, querida hija; no tendrias mas fuerza contra las pasiones que envilecen á los ojos de los hombres, si no te libraran

de ellas tu temperamento, y ciertas circunstancias, que á tí misma te son desconocidas; caerias infaliblemente como te ha sucedido con la del orgullo. Es menester el socorro de lo alto para poner nuestro corazon de acuerdo con nuestro espíritu; dí pues con David: He deseado, Señor, vuestras justificaciones. Es necesario que Dios ponga en nosotros el querer y el hacer; porque á la verdad sin él no podemos hacer nada bueno. ¿Quién no tomaria tu deseo de abandonar la córte por un principio de conversion? Estoy muy distante de pensarlo, porque para mí ese deseo no es mas que un orgullo abatido y desesperado que se prepara un asilo. Dionisio echado de Siracusa encontró en su amor á la tiranía un recurso para mantener la pasion que tenia de dominar, y haciéndose maestro de escuela, se perpetuó un imperio en que continuó ejerciendo un poder despótico. Despechado el orgullo de mi pobre hija con la resistencia que encuentra en la córte, se ha lisonjeado con la idea de poner á sus piés las personas demasiado débiles para resistirle. Gime, querida mia, por la profunda llaga que ha hecho en tu alma; y repito que supliques al Divino médico que apresure tu curacion.

El Marqués, que conoce por experiencia el im-

perio tirano de la pasion que te posee, te compadece muy sinceramente; su resignacion á las órdenes de la Providencia en el tiempo de su desgracia, le consiguió de Dios socorros tan poderosos que ha aterrado al enemigo, cuya esclava eres. ¡Con qué ojos mira él la mayor porcion de los años de su vida, que ha perdido en correr tras de ese fantasma que se llama honor! ¡Felices aquellos que como él conocen su error ántes de concluir su carrera, y que se apresuran y esfuerzan á reparar el tiempo perdido!

Envidias la felicidad de tu hermana, cuyo espíritu, dices, es gobernado por la razon; confesaré que ella conoció desde luego el valor intrínseco de los falsos bienes que sigue el ambicioso; pero no por eso creas que ha estado libre de los penosos combates que temes emprender. ¡Cuántas maneras de sacrificios la ha proporcionado la delicadeza de su corazon! Testigos son la dulzura con que sufrió las infidelidades de su esposo, su sumision á las órdenes del Cielo en el momento de perder los dos hijos únicos que la quedaban, la pérdida de su reputacion; no puedes dudar que sus penas han sido iguales, y aun superiores á las tuyas. Aun actualmente experimenta que no hay felicidad sin nubes en este pais de destierro, en este valle de lágrimas. La

delicada salud de su hijo único la obliga á temblar á cada instante, á renovar continuamente su resignacion á las órdenes del Señor. Adios, querida hija mia, mi corazon no puede libertarse de la tristeza y negros presentimientos que me agitan respecto á este niño. Le perderémos; pero por mucho sentimiento que me cause esta pérdida, no igualará, ni con mucho, al que me haces tú experimentar en este instante, y del que no me consolaré sino cuando sepa que estás determinada á hacer todos tus esfuerzos para llegar á ser humilde. No ceso de pedir para tí esta gracia al Señor con todo el fervor de que soy capaz; pero es menester que lo pidas tú misma; el que te crió sin tí, no te salvará sin tí.

CARTA VI.

RESPUESTA DE LA CONDESA A MADAMA DE MONTIER.

QUERIDA MADRE MIA: Por grandes que sean mis penas, no empleo en sentirlas toda mi sensibilidad, y aun me queda para sentir vivamente vuestros temores sobre la salud de mi sobrino. Mi ternura por este niño no tiene necesidad de la que tengo por su madre y el Marqués para sos-